

Los jóvenes fueron nuestros fundadores

Así nació la Congregación Salesiana. Así nacimos nosotros. Aquellos dieciocho son nuestros ‘padres fundadores’, casi todos jovencísimos; excepto Don Alasonatti, con 47 años, y Don Bosco, con 44: Don Rua, director espiritual, tenía 22 años; Don Savio, el ecónomo, 24; los consejeros, todavía clérigos, poco más de veinte años.

Conviene al menos recordar sus perfiles, para conservarlos en la mente y en el corazón, como nuestro cofundadores, junto con Don Bosco. Ellos son parte de la vida de Don Bosco y de la historia de la Congregación, y por tanto de nuestra historia.

Víctor Alasonatti, 47 años.



Era el único con más edad que Don Bosco. Sacerdote amable y rígido al mismo tiempo, había sido durante 19 años maestro de niños de primaria en Avigliana, donde había nacido el 15 de noviembre de 1812. Entre bromas y provocaciones (habían sido compañeros en el Convitto Eclesiástico), Don Bosco lo convenció a que fuera al Oratorio para ‘ayudarle a decir el Breviario’ entre los doscientos muchachos de la Casa y los mil del

Oratorio (‘¡algo bien distinto de tu escuelita!’, bromeaba Don Bosco). Llegó la víspera de la Asunción de 1854, preguntando siempre de broma a Don Bosco: “¿Dónde me debo poner a rezar el Breviario?” Don Bosco le encomendó toda la administración de la obra, que hasta entonces había estado a cargo de José Buzzetti y Mamá Margarita (que estaba ya sin fuerzas: morirá dos años después). En 1855, después de Miguel Rua, fue el primero que hizo votos religiosos privados en las manos de Don Bosco. Profesó como salesiano el 14 de mayo de 1862. Trabajó sin descanso y silenciosamente para Don Bosco y la Sociedad Salesiana, como su primer Prefecto, hasta la muerte, acaecida en Lanzo el 7 de octubre de 1865, cuando tenía 53 años.

Miguel Rua, 22 años.

Nació en Turín el 9 de junio de 1837 en una familia obrera y quedó huérfano de padre a los ocho años. Quedó fascinado por Don Bosco cuando frecuentaba la primeras escuelas de los Hermanos de las Es-

cuelas Cristianas. Declaró bajo juramento: “Recuerdo que venía don Bosco muchos domingos a celebrar la santa misa [...], parecía que una corriente eléctrica circulara por entre todos los niños. Se ponían de pie, salían de su sitio, se amontonaban a su alrededor [...] Necesitaba [don Bosco] un buen rato para poder llegar hasta la sacristía. En aquellos momentos los buenos Hermanos no podían impedir el aparente desorden y nos dejaban hacer. Cuando llegaban otros sacerdotes, aún piadosos y de autoridad, no sucedía lo mismo [...] El misterio de la atrac-



Los jóvenes fueron nuestros fundadores

ción de don Bosco procedía del afecto activo, espiritual, que notaban en don Bosco hacia sus almas” (MBe II, 243). A veces Don Bosco repararía a todos una medalla. Al llegar el turno de Miguel, Don Bosco hace un gesto extraño: extiende su mano derecha haciendo como que la corta con la izquierda, y entre tanto le dice: “Coge, Miguelito, coge”. Miguel no comprende, pero Don Bosco le explica: “Nosotros dos haremos todo a medias”. Entra en el Oratorio el 25 de septiembre de 1852 y viste la sotana en I Becchi, el 3 de octubre de 1852; se convierte realmente en la mano derecha de Don Bosco: toma parte el 26 de enero de 1854 en la reunión en la que un grupo reducido de colaboradores recibe el nombre de ‘Salesianos’. El 25 de marzo de 1855 (con 18 años) llega a ser el primer Salesiano que hace los votos privados en las manos de Don Bosco. Estudiante de teología, ayuda a Don Bosco en el Oratorio de San Luis; en 1858 lo acompaña a Roma para ver al Papa, al que Don Bosco presenta su Congregación. Siendo aún subdiácono es elegido Director Espiritual de la Sociedad apenas creada. Ordenado sacerdote el 29 de julio de 1860, emite la profesión perpetua el 15 de noviembre de 1865. A los 26 años (1863), habiendo obtenido el diploma de profesor de secundaria, es invitado por don Bosco a dirigir la primera casa salesiana fuera de Turín, en Mirabello Monferrato. De vuelta a Turín en 1865 es ‘el segundo Don Bosco’ en la Obra Salesiana que se extiende cada vez más. Don Bosco dirá un día: “Si Dios me hubiese dicho: imagínate un joven, dotado de todas las virtudes y mayores habilidades que tu podrías desear, pídemelo y yo te lo daré, nunca habría imaginado un don Miguel Rua” (MBe IV, 375).

Nombrado por León XIII vicario de Don Bosco en 1884, fue su primer sucesor a la muerte del Fundador, y pasó la vida viajando para mantener unida y fiel la gran familia de Don Bosco, que estaba experimentando una verdadera explosión por todo el mundo. Recibió 64 casas salesianas, al morir Don Bosco; 22 años después, a su muerte, las fundaciones eran ya 341. En 1910, año de su muerte, aparecía su primera biografía, escrita por Eliseo Battaglia; el título, acertado, lo define bien: “Un soberano de la bondad”.

Ángel Savio, 24 años.



Paisano de Don Bosco, entró en el Oratorio a los 15 años, el 4 de noviembre de 1850. Había conocido ya al santo joven Domingo Savio (algunos años más joven que él), pues vivían en pueblos muy cercanos. Recordaba: “En vacaciones yo estaba en casa poco bien de salud; él venía a consolarme con sus buenos modales y amables palabras. A veces traía de la mano a dos hermanitos. Antes de marcharse por última vez del Oratorio (1857) vino a darme el último abrazo”. Elegido por primera vez en 1859 Ecónomo General, todavía diácono, fue reelegido en

1869, el año de la profesión perpetua, y de nuevo en 1873. A partir de entonces Don Bosco le encomendó las casas en construcción en el litoral de Liguria y en la Costa Azul: Alassio, Vallecrosia, Marsella. Lo mandó después a Roma para dirigir la construcción del Templo y Obra del Sagrado Corazón. Con 50 años (1885) pidió a Don Bosco poder dejar de ocuparse de muros y dineros, y partió como misionero a la Patagonia, que recorrió en largos viajes apostólicos. Incansable y lleno de celo, fundó obras salesianas en Chile, Perú, Paraguay y Brasil. Murió el 17 de mayo de 1893 mientras hacía un viaje de exploración en Ecuador, donde se había confiado una nueva misión a los salesianos. En el sueño de la rueda (4 de mayo de 1861) Don Bosco lo había visto en regiones lejanas. Sus colaboradores lo recordaban como religioso de oración profunda.

Juan Cagliero, 21 años.

Nacido el 11 de enero de 1838, era paisano de Don Bosco, al que había conocido siendo su monaguillo en la iglesia parroquial de Castenuevo d’Asti. Huérfano de padre, Don Bosco vio en él un joven puro como el cristal, inteligente y genial. Encontrando a su madre, Don Bosco le dijo de broma si le ‘vendía’ a su hijo. Y oyó que le respondía, también de broma, que los hijos no se venden, sino que se ‘regalan’. Juan acompañó a Don Bosco a pie de Castelnuovo a Turín corriendo, gritando y saltando, y volcando sobre Don Bosco todos sus pensamientos, recuerdos y aspiraciones. “Desde entonces no tuvo ya ningún secreto para él”. Mamá Margarita, cuando Don Bosco se lo llevó, se quejó por

Los jóvenes fueron nuestros fundadores



Juan Bonetti, 21 años.

Llegó al Oratorio en 1855 desde Caramagna, pequeña aldea de la provincia de Cuneo. Tenía 17 años. Se hizo amigo enseguida de Domingo Savio, cuatro años más joven que él. Don Bosco lo mandó, junto a Rua, Cagliero, Savio y otros, a la clase del prof. Bonzanino. Tenían que recorrer todos los días vía Garibaldi. Recordaba haberla recorrido con Domingo durante un durísimo invierno, en medio de ráfagas de nieve. Hizo su primera profesión el 14 de mayo de 1862 y tres años después la profesión perpetua. Consiguió la licenciatura en la Real Universidad de Turín. Fue ordenado sacerdote a los

no tener más sitio. “Pero él es tan pequeño – rió Don Bosco – que lo meteremos en el cesto de los picos y lo levantaremos hacia el techo”. Los tres se echaron a reír. Empezó así, en 1851, la formidable vida salesiana de Cagliero. Siendo uno de los cuatro primeros que aceptó la idea de Don Bosco de fundar una Sociedad, hizo la profesión en 1962, el mismo año en que fue ordenado sacerdote. Profesor licenciado en Teología, compositor insuperable de música, primer misionero de Don Bosco, fue el primer obispo y cardenal salesiano. Rua y Cagliero fueron las dos columnas sobre las que Don Bosco apoyó su gran obra. Don Bosco había ‘visto’ su luminoso porvenir cuando estuvo a punto de morir a causa del cólera de 1854. Iba ya a darle el viático, cuando vio el cuarto llenarse de luz, una paloma bajar sobre él y una corona de indios alrededor de su lecho. Entonces se llevó con decisión la eucaristía, diciéndole: “Tu no morirás, e irás lejos, muy lejos..”. Murió en Roma el 28 de febrero de 1926: enterrado en el Campo Verano, su cuerpo fue trasladado, en 1964, a Argentina, y descansa en la catedral de Viedma.



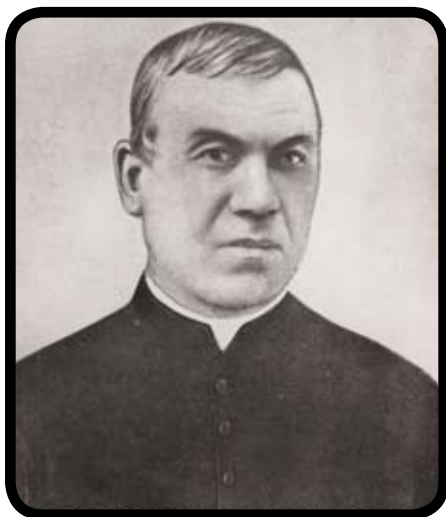
26 años. Viendo su virtud y sus dotes brillantes de escritor, Don Bosco lo nombró primer director del Boletín Salesiano, comenzado en 1877. En las páginas del Boletín Don Bonetti publicó por primera vez por entregas la “Historia del Oratorio de Don Bosco”, recabando datos del manuscrito (entonces secreto) de las Memorias de Don Bosco. Aquellos escritos (junto con las cartas “desde la frontera’ de los misioneros) dieron

una enorme popularidad al Boletín. Pero Don Bosco en 1875/76 había dejado sin terminar las Memorias. Don Bonetti lo solicitó con insistencia. Y debemos a esa insistencia el que Don Bosco (no obstante los enormes compromisos que lo absorbían) volviera a coger la pluma y a seguir escribiendo. Las ‘entregas’ del Boletín quedaron después recogidas por él y completadas. Al final salió el libro titulado Cinco lustros de historia del Oratorio de San Francisco de Sales: primera biografía documentada de Don Bosco, muy solicitada. Cuando Cagliero llegó a obispo, en 1886, Don Bonetti fue elegido su sucesor: ‘Director Espiritual’ de los Salesianos y ‘Director General’ de las FMA. Murió con apenas 53 años, el 5 de junio de 1891. Don Rua escribió sobre él: “Obrero apostólico infatigable, campeón valeroso en promover la gloria de Dios y la salvación de las almas, consejero amable para confortar y aconsejar”.

Carlos Ghivarello, 24 años.

Tenía ya 20 años cuando en Pino Torinese se encontró con Don Bosco y decidió entrar en su Oratorio (1855). Conoció y fue amigo de Domingo Savio durante todo un año. Hizo su primera profesión en 1862. El día de su ordenación sacerdotal, en 1864, Don Bosco le dijo: “Tú tendrás que confesar mucho durante tu vida”. Efectivamente, aunque le admiraron mucho como trabajador, constructor, cultivador, fue sobre todo en el sacramento de la penitencia (al que dedicaba horas todos los días) donde pudo difundir, junto con la gracia de Dios, toda su fe y su bondad paterna. Secretario y Consejero General, en 1876 fue nombrado Ecónomo General. Fue

Los jóvenes fueron nuestros fundadores



él el que construyó la pequeña galería y la capillita junto a la habitación de Don Bosco. Cuatro años después, en 1880, Don Bosco lo mandó a dirigir el orfanato de Saint-Cyr, en Francia. De aquí pasó a Mathi, donde hizo construir los primeros edificios de la fábrica de papel. Pasó los últimos 25 años en San Benigno Canavese, donde dio vida al gran taller de mecánica. En San Benigno (como en todas partes donde estuvo) transmitió entusiasmo por la agricultura y la fructicultura; murió el 28 de febrero de 1913. Don Albera, segundo sucesor de Don Bosco, dijo de él: “Su extraordinaria actividad recibió alimento y sostén de su espíritu de fe”.

Juan Bautista Francesia, 21 años.

Natural de San Giorgio Canavese (3 de octubre de 1838), emigró a Turín con sus padres buscando trabajo. Cuando con 12 años trabajaba ya en una fábrica en condiciones horribles, encontró a Don Bosco en su Oratorio festivo. Dos años después, en 1852, Don Bosco lo acogió en su Casa, y Battistín, como todos lo llamaban, empezó a estudiar para ser sacerdote. Unido para siempre y

sin vacilación a Don Bosco, fue el primer salesiano licenciado en letras (“Cuando muchos, al terminar la licenciatura, abandonaban a Don Bosco, yo me quedé”). Fue profesor jovencísimo de Domingo Savio, en una clase repleta con 70 alumnos (número normal entonces). Escribía con facilidad en poesía y en prosa. Hizo su primera profesión en 1862 y fue ordenado sacerdote al año siguiente. Desde 1878 a 1902 fue Inspector. Don Bosco le encomendó la revisión de las Lecturas Católicas y de las colecciones de los Clásicos latinos e italianos. Tras haber revisionado y publicado la obra de Don Bonetti (que había muerto improvisamente) Cinco lustros de historia del Oratorio de San Francisco de Sales (1892), escribió él mismo la Vida popular de Don Bosco (1902), de 414 páginas, que tuvo muchísimas ediciones y traducciones. De gran valor para la historia de la Congregación son también muchas breves biografías de los primeros salesianos difuntos. Vivió junto a Don Bosco durante 38 años. Sus palabras y sus muy numerosos escritos fueron una

continua narración de recuerdos pequeños y grandes de Don Bosco. Vivió hasta los 92 años; murió en Turín el 17 de enero de 1930. Varias veces en sus sueños Don Bosco lo vio como anciano con cabellos blancos, último superviviente de la primera generación.

Francisco Provera, 23 años.

Nacido en Mirabello Monferrao, el 4 de diciembre de 1836, conoció tarde a Don Bosco. A los 22 años (después de trabajar como comerciante con su padre) se presentó a Don Bosco porque ‘desde siempre quería llegar a ser sacerdote’. Don Bosco le respondió a quemarropa: “Los que quieren venir conmigo tienen que dejarse cocer”. Francisco se espantó un poco. Y Don Bosco: “Significa que tienes que dejarme ser dueño absoluto de tu corazón”. “Pero si yo no busco otra cosa. He venido precisamente para esto”. Cuando estudiaba como clérigo, en el Oratorio festivo realizó un apostolado tan inteligente que Don Bosco decía a sus clérigos: “Aprended de él. Es un gran cazador de almas”. Cuando estudiaba la segunda ‘filosofía’, Don Bosco lo hizo profesor de primero de bachillerato, ¡con 150 alumnos! Emitió los votos religiosos en 1862. Un año después, todavía clérigo, fue con Don Rua a fundar la primera casa salesiana fuera de Turín, a su pueblo natal, Mirabello Monferrato. Fue prefecto (o sea, administrador) tan competente, que al año siguiente Don Bosco lo mandó al colegio de Lanzo, que necesitaba un administrador muy capaz. Aquel año, el 25 de diciembre de 1864, fue ordenado sacerdote. Don Bosco, los años siguientes, lo consideró ‘prefecto perpetuo’, mandándolo a todas las casas de nueva



Los jóvenes fueron nuestros fundadores

fundación que necesitaban un economo experto para orientarse bien. Después Don Bosco lo llamó de nuevo a Turín, que era ya el centro de iniciativas cada vez más exigentes. Don Provera unió a su labor de administrador un intenso apostolado sacerdotal: fue profesor de filosofía de los clérigos, cuya mente se esforzó por formar. Era muy estimado por su claridad de ideas y su facilidad de palabra. Pocos sabían que trabajaba como economo y profesor mientras ofrecía a Dios por sus clérigos un silencioso y dolorosísimo calvario: desde 1866 lo aquejaba una úlcera incurable en un pie. Murió en 1874 con solo 38 años. Don Bosco dijo: “Nuestra Sociedad pierde uno de sus mejores socios”.

José Lazzero, 22 años.

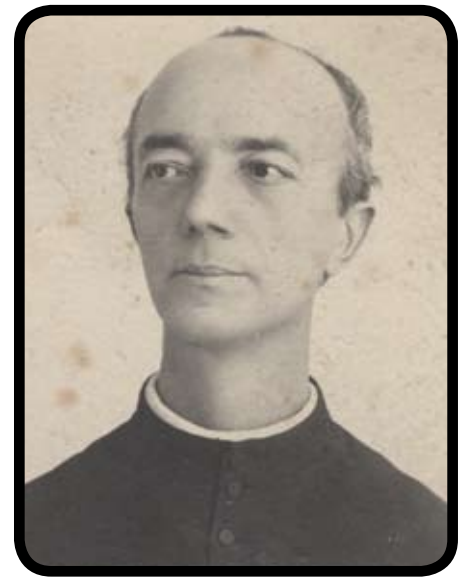


Con 20 años llegó al Oratorio desde Pino Torinese, junto con su paisano Carlos Ghivarello (1857). Quería ser sacerdote y Don Bosco, al comprobar su buen paño, lo puso a estudiar latín junto a un muchacho muy vi-

vaz de Carmagnola, Miguel Magone. Miguel tenía ocho años menos que él, pero pronto se hicieron amigos. Decidió quedarse para siempre con Don Bosco, y a los 28 años fue ordenado sacerdote, el 10 de junio de 1865. Al morir Don Provera, Don Bosco lo llamó para sustituirlo como Consejero en el Capítulo Superior, cargo que mantuvo hasta 1898. Cuando Don Rua empezó a ser en Valdocco ‘el segundo Don Bosco’, Don Lazzero fue nombrado Director de la Casa del Oratorio. Y cuando después los jóvenes internos llegaron a ser 800, y no bastaba un solo director, Don Bosco confió a Don Francia la dirección de los estudiantes y a Don Lazzero la de los artesanos. También en el Capítulo Superior fue el ‘Consejero Profesional’. En 1885 Don Bosco le asignó la tarea delicadísima de las ‘relaciones y correspondencia’ con los misioneros, que multiplicaban las obras en las Américas. En 1897 (con 60 años), abrumado por el enorme trabajo, sufrió un bajón del que no se repuso ya más. Vivió los últimos 13 años (apartado en la casa de Mathi) en la paciencia, la oración y en la conformidad con la voluntad de Dios. Murió el 7 de marzo de 1910.

Francisco Cerruti, 15 años.

Huérfano de padre, muy apegado a su madre, fue acogido por Don Bosco en 1856. Al llegar en noviembre desde Saluggia (Vercelli), se sintió perdido y lleno de nostalgia. Pero encontró a Domingo Savio, que tenía dos años más que él, se encariñó con él y la vida volvió a sonreírle. Domingo murió apenas cinco meses después, dejándolo desconsolado. Francisco (cuya santidad Don Bosco ponía al mismo nivel que la de



Domingo) fue uno de los cuatro primeros salesianos mandados por Don Bosco a frecuentar la Universidad de Turín, donde demostró inteligencia vivaz y profunda. Cuando parecía que una pulmonía descuidada iba a llevárselo en 1865 (como él testificó con juramento), Don Bosco le aseguró que viviría y habría de trabajar por mucho tiempo. Por orden de Don Bosco compuso muy joven un Diccionario Italiano que tuvo mucho éxito en las escuelas, después una Historia de la literatura italiana y una Historia de la pedagogía. A los 26 años fue mandado por Don Bosco a abrir y dirigir la gran obra de Alassio (Savona). Al cumplir 41 años, en 1885, Don Bosco lo quiso consigo y lo nombró Director General de las escuelas y de la prensa salesianas. Con mano firme y segura ayudó a Don Bosco a organizar la joven Congregación. Trabajó incansablemente para conservar la unidad didáctica y moral de las escuelas salesianas, dando todos los años normas educativo-didácticas. Mientras actuaba, escribía. Dejó consignada en obras que se difundieron rápidamente la pedagogía de Don Bosco, desde Elementos de pedagogía (1997) a El problema moral de la

Los jóvenes fueron nuestros fundadores

educación (1916). De él escribió Don Bosco: “De Don Cerruti, Dios nos ha dado, desgraciadamente, uno solo”. Murió en Alassio el 25 de marzo de 1917.

Celestino Durando, 19 años.



Llegó al Oratorio desde Farigliano de Mondoví (Cuneo) en 1856, con 16 años. La misma tarde en que llegó se encontró con Domingo Savio que, como los otros socios de la Compañía de la Inmaculada, se acercaba a los nuevos llegados para ayudarles a superar la inicial desorientación. Los dos se entendieron enseguida. Fue una verdadera gracia de Dios, por la que Celestino no dejó nunca de dar gracias al Señor. Un año después recibió el hábito clerical de las manos de Don Bosco, y se incorporó pronto a la vida activa de la Casa. Profesó en 1862 y fue ordenado sacerdote dos años después. Estudiaba para sí y enseñaba. Don Bosco, a quien se había entregado enteramente, le confió enseguida (1858) el primer curso de bachillerato con 96 alumnos, y lo animó a escribir los textos necesarios para sus escolares. Y Durando escribió manuales muy sencillos, pero muy adaptados a la capacidad de sus

alumnos, que venían del campo o de las fábricas. Se difundieron muchísimo su Gramática Latina y sus Preceptos elementales de literatura. Su trabajo más exigente fue el Vocabulario latino-italiano e italiano-latino de 936 páginas, que terminó con 35 años, mientras seguía dando clase y ejerciendo su labor sacerdotal. Don Bosco quedó tan contento por esta obra, que en 1876 (Durando tenía 36 años) quiso acompañar al autor a regalar un ejemplar al papa Pío IX. Consejero del Capítulo Superior desde 1865, Don Durando tuvo el encargo permanente de las prácticas para la apertura de nuevas casas salesianas. Las frecuentes demandas de fundación que llegaban a Don Bosco y más tarde a Don Rua, se las pasaban a él para la primera respuesta, las negociaciones y los trámites oportunos. Entre libros de latín y áridos papeles, Don Durando fue siempre sacerdote. Ejercía como capellán en la Generala, la casa donde se recluía a los jóvenes de correccional, que sentían mucho afecto hacia él. Pasaba largas horas en el confesionario, en la Basílica de María Auxiliadora y en otras instituciones de la ciudad de Turín. Cuando murió, el 27 de marzo de 1907, dijo de él Don Rua: “Sin hacer ruido consumó una vida repleta de buenas obras. Dejó, dondequiera por donde pasó, las huellas de su espíritu realmente sacerdotal y salesiano”.

José Bongiovanni, 23 años

Nació en Turín el 15 de diciembre de 1836. Cuando Don Bosco publicó la 5ª edición de la Vida de Domingo Savio (1878), añadió una página con un breve perfil de José Bongiovanni, con estas palabras: “Entre los que más eficazmente ayudaron a Domin-

go Savio a fundar la Compañía de la Inmaculada Concepción y a redactar su reglamento está José Bongiovanni. Este, habiendo quedado huérfano de padre y madre, fue recomendado por una tía al Director del Oratorio (Don Bosco), que lo acogió caritativamente en noviembre de 1854. Tenía entonces 17 años, y entró más bien de mala gana, obligado por las circunstancias, teniendo todavía la mente ocupada por las vanidades del mundo y por varios prejuicios sobre la religión... Pero pronto se encariñó intensamente con la casa y con los superiores; cambió poco a poco sus ideas y se entregó con gran ardor a la adquisición de la virtud y a las prácticas de piedad. Dotado de ingenio muy perspicaz y de gran facilidad para aprender, fue orientado hacia el estudio [...] Con sus dotes de ardiente imaginación demostró gran habilidad para la poesía, tanto en italiano como en su dialecto; y mientras en las conversaciones familiares sabía entretener a los amigos, improvisando y bromeando, sabía también escribir bellísimas poesías, muchas de las cuales fueron publicadas [...] Orientado hacia la carrera eclesiástica, se distinguió como clérigo por su piedad y fiel observancia de las reglas y el celo por el bien de sus compañeros. Ordenado sacerdote en 1863, ni que decir tiene que se entregó con ardor al ejercicio del sagrado ministerio [...] Tras haber ayudado a Domingo Savio, con quien le unía una santa amistad, a fundar la Compañía de la Inmaculada, siendo todavía clérigo, fundó con el permiso del Superior otra compañía en honor del Santísimo Sacramento, con el objeto de promover su culto entre los jóvenes y formar así a los alumnos más distinguidos por su virtud en el servicio de las funciones sagradas, creando un pequeño clero

Los jóvenes fueron nuestros fundadores

que aumentase la solemnidad y gracia de las mismas. Se puede afirmar que si la Congregación de San Francisco de Sales pudo dar a la Iglesia un buen número de ministros del altar, en gran parte se debe a los santos afanes del sacerdote Bongiovanni con su pequeño clero. En 1868, al acercarse la fecha de la consagración de la Iglesia construida en Valdocco en honor de María Auxiliadora, Don Bongiovanni se preocupó con fervor de disponer todo lo necesario para tal función, especialmente preparando al pequeño clero... No ahorró solicitud, fatigas y sudores, sobre todo la víspera, el 8 de junio de aquel año [...] Él, que tanto se había preocupado por la digna celebración de las fiestas, el 9 de junio, día de la consagración, se puso enfermo, sin poderse levantar. Y deseando poder, una vez al menos, celebrar los divinos misterios en la nueva iglesia, suplicó a la Santísima Virgen con insistencia que le concediera la gracia. Y fue escuchado. El domingo de la octava [...] pudo celebrar la Santa Misa con inmensa satisfacción de su corazón. Después de la misa dijo a uno de sus amigos que estaba tan contento que bien podía entonar el *Nunc dimittis*. Y así sucedió” (J. BOSCO, *Vida de Domingo Savio*). Volvió a acostarse y el miércoles siguiente, 17 de junio de 1868, acompañado por una corona de amigos, murió en el nombre del Señor. Tenía solamente 32 años.

Juan Anfossi, 19 años.

Natural de Vigone (Turín), tenía la edad de Domingo Savio y fue su compañero y amigo íntimo durante el tiempo que Domingo pasó en el Oratorio. Iba todas las mañanas con él y con Rua, Cagliero y Bonetti a la clase del prof. Bonzanino. Cuando fue ‘adscrito’ a la Pía Sociedad Sale-

siana, hizo el noviciado y emitió los regulares votos trienales. Pero después prefirió seguir sus estudios en el Seminario; abandonó la Congregación en 1864, dos años después de la primera profesión temporal. Fue un excelente sacerdote, canónigo, profesor y monseñor. Iba con frecuencia por el Oratorio, y era amigo fraternal de Don Rua, Don Cagliero y Don Cerruti. Fue el 20º testigo jurado en el proceso de beatificación de Don Bosco, y el 7º en el de Domingo Savio. Sus testimonios (conservados manuscritos) son amplios y muy hermosos. Murió en Turín el 15 de febrero de 1913.

Luis Marcellino, 22 años.

Nacido en 1837, en el Oratorio fue compañero y amigo de Domingo Savio. Fue uno de los primeros en entrar en la Compañía de la Inmaculada. Su nombre no figura entre los primeros profesos. Decidió continuar sus estudios sacerdotales en el Seminario, y llegó a ser Párroco de los Santos Mártires en Turín.

Segundo Pettiva, 23 años.

En la fiesta de la inauguración de la iglesia de San Francisco de Sales (1852), un chico llamado Segundo Pettiva – nacido en Turín en 1836 – actuó como solista en el canto, recibiendo muchos aplausos. Llegó a dominar el arte musical, y con 20 años fue con Juan Cagliero el alma de la música en el Oratorio. Durante varios años fue animador de las fiestas y de la alegría colectiva en el Oratorio. Con 24 años pensó que quedarse con Don Bosco no era su vocación. Un año después (1864) pidió a su compañero y amigo Don Rua poderse hospedar en la nueva casa de Mirabelle. De aquí volvió a Turín, pero con-

trajo una forma grave de tuberculosis. Don Bosco fue a visitarlo varias veces al Hospital de San Luis, y lo preparó para el encuentro con el Señor. Falleció en 1868 con solo 30 años.

Antonio Rovetto, 17 años.

Natural de Castelnuovo d’Asti (1842), entró en el Oratorio en 1855. Compañero de Domingo Savio, formó parte del grupo fundador de la Pía Sociedad, y un año después firmó con Don Bosco y los demás socios la carta enviada al Arzobispo Luis Fransoni para obtener la aprobación de las primeras Reglas. En las Actas del Capítulo Superior se dice que Antonio Rovetto hizo los votos trienales en manos de Don Bosco el 18 de enero de 1863. Dejó el Oratorio en 1865. Desgraciadamente no tenemos de él otras noticias.

Luis Chiapale, 16 años.

Nació en Costigliole Asti el 13 de enero de 1853 y entró en el Oratorio en 1857. Fue uno de los chavales que acompañaban a Don Bosco a I Becchi para la fiesta de la Virgen del Rosario. Compañero y amigo de Domingo Savio, Miguel Rua, Juan Cagliero, fue parte del grupo de socios que dieron inicio a la Pía Sociedad, pero una nota confidencial de Don Bosco le advertía: “Todavía no sabes qué es la obediencia” (MBe VII, 18). Hizo la primera profesión en 1862 y la renovó cinco años después. Habiendo vuelto a la diócesis de Saluzzo y llegado al sacerdocio, fue un notable predicador, y llegó a ser Capellán en el hospital Mauriziano de Fornaca Saluzzo (Cuneo).